

Los tres hijos del viudo caballero



Texto: Sandra Gómez Rey

Ilustraciones: Guillem Escriche

He aquí que en un pequeño pueblo donde las vacas masticaban chicle, había un caballero viudo muy rico que tenía tres hijos. La hija mayor se llamaba Prudencia; la mediana se llamaba Humildad; y el hijo pequeño se llamaba Esfuerzo.

¿Verdad que son nombres muy raros? Pues el hombre les había puesto ese nombre para que los hijos recordaran las tres virtudes que siempre había demostrado su madre. La esposa del caballero había sido una persona prudente y humilde, que se había esforzado en cualquier cosa que hacía.

En cambio, el rico caballero no ponía en práctica para nada estas virtudes. Y lo peor de todo es que había olvidado que para enseñar a los hijos él mismo las tenía que poner en práctica y servir de ejemplo.

Así pues, por mucho que los jóvenes se llamaran Prudencia, Humildad y Esfuerzo, no entendían ni sabían, ni sabían ni entendían qué querían decir aquellas palabras.

Y he aquí que, un día la hija mayor del caballero, Prudencia, salió del castillo a pasear por el bosque. Anda que andarás se encontró, en medio de un sendero, un anciano sucio y harapiento que, con un hilo de voz muy dulce, le preguntó:

-Chica bonita, ¿podrías ayudar a un viejo casi ciego y sordo, y muy enfermo como yo?

-¿Ayuda me pide? Mire, buen hombre, estoy dando un paseo, ¿sabe? Si permanece sentado en esta roca esté seguro de que muy pronto pasará alguien que tiempo tendrá de prestarle ayuda -respondió Prudencia, pasando por el lado del viejo lanzándole una mirada de desdén.

-Te concederé un deseo, Prudencia -añadió entonces el viejo.

Y al oír su nombre, Prudencia retrocedió hasta donde estaba el hombrecillo.

-¿Cómo es que sabe mi nombre?

El viejo, que no respondió, continuó diciendo:

-Con el nombre que tienes debes ser una chica prudente. Ayúdame, pues, a decidir por cuál de estos dos caminos me conviene más pasar: si por la vereda de la derecha, que es un camino llano pero muy largo o por la senda empinada de la izquierda, que desciende por un acantilado siendo un camino peligroso pero mucho más corto.

Entonces Prudencia, que entendió que lo que le pedía el viejo era muy fácil, estuvo de acuerdo en ayudarlo. Pero antes formuló el deseo. Y dijo con aires de princesa caprichosa:



-Deseo una habitación llena de pasteles con muchos pisos de nata, crema, chocolate y merengue, y bandejas sepultadas de bombones y caramelos blandos.

Y el viejo dijo:

*-Y, mira qué suerte,
que he encontrado en el bosque.*

*A este viejo ayudarás,
y de tu deseo disfrutarás.*

Y la chica, sin pensarlo lo más mínimo y diciendo lo primero que le pasó por la cabeza, aconsejó al viejecito:

-Coja la senda empinada que desciende por el acantilado. Es el camino más corto y llegará antes a su destino.

-¿Estás segura? Es el camino más peligroso y recuerda que yo no veo mucho por no decir nada.

- ¡Mire que es pesado, viejo hombre! ¿No se da cuenta que es una senda de lo más fácil? -masculló ella.

Y, con todo su genio, empezó a bajar deprisa por el camino con tan mala fortuna que un pie le resbaló y cayó precipicio abajo desapareciendo en la profundidad escarpada.

Y he aquí que ahora la hija mediana del caballero, Humildad, salía del castillo a coger flores por el bosque. Andando se encontró, en medio de un sendero, el mismo anciano sucio y harapiento que, con un hilo de voz muy tierno, le preguntó:

-Chica bonita, ¿podrías ayudar a un viejo casi ciego y sordo, y muy enfermo cómo yo?

-¿Ayuda me pide? Mire, buen hombre, estoy muy ocupada cogiendo flores, ¿sabe? Si permanece sentado en esta roca esté seguro de que muy pronto pasará alguien que tiempo tendrá de prestarle ayuda -respondió Humildad, mirando el viejo con ojos de soberbia.

-Te concederé un deseo, Humildad -añadió entonces el viejo.

Y al oír su nombre, Humildad retrocedió hasta donde estaba el hombrecillo.

-¿Cómo es que sabe mi nombre?

El viejo, que no respondió, continuó diciendo:

-Con el nombre que tienes debes ser una muchacha humilde, y debes saber que todos tenemos limitaciones. Así pues, ayúdame a decidir dónde me he de parar a beber agua: si en este pozo donde tendré que hacer fuerza para tensar la cuerda y hacer subir el cubo lleno de agua o caminar un buen rato hasta el río donde podré beber sólo poniendo la mano en el agua.

Entonces Humildad, que entendió que lo que le pedía el viejo era muy fácil, estuvo de acuerdo en ayudarlo. Pero antes formuló un deseo. Y con puesto de hada vanidosa dijo:

-Deseo un armario lleno de vestidos cargados de pompa, tules y sedas, con muchos lentejuelas y flamenca, y que en lucirlos todos me alaben como la chica más guapa de entre todas las chicas guapas habidas y por haber.

Y el viejo dijo:

-Y, mira qué suerte,

que he encontrado en el bosque.

Este viejo ayudarás,

y de tu deseo disfrutarás.

Y la chica, sin pensarlo lo más mínimo y diciendo lo primero que le pasó por la cabeza, aconsejó al viejecito:

-Coja el agua de este pozo y beba. Es lo que tiene más cerca y se le pasará la sed enseguida.

-¿Estás segura? Tendré que hacer mucha fuerza para hacer subir el cubo con el agua y recuerda que estoy enfermo y me siento cansado.

- ¡Mire qué es pesado, viejo hombre! ¿No se da cuenta de que la polea donde se engancha la cuerda gira de lo más fina? -gruñó Ella.

Y con un arrebató de arrogancia abocó al pozo para coger la cuerda y la tiró con tanta fuerza que perdió el equilibrio, y cayó dentro del pozo que era profundo y oscuro como la garganta de un gigante.

Y he aquí que ahora el hijo pequeño del caballero, Esfuerzo, salía del castillo para escuchar con deleite los trinos de los pájaros que cantaban en el bosque. Anda que andarás se encontró, en medio de un sendero, el mismo anciano sucio y harapiento que, con un hilo de voz muy amable, le preguntó:

-Chico encantador, ¿podrías ayudar un viejo casi ciego y sordo, y muy enfermo como yo?

-¿Ayuda me pide? Mire, buen hombre, estoy muy a gusto escuchando el canto delicado de los pájaros, ¿sabe? Si permanece sentado en esta roca esté seguro de que muy pronto pasará alguien que tiempo tendrá de prestarle ayuda -contestó Esfuerzo, con desgana.

-Te concederé un deseo, Esfuerzo -añadió entonces el viejo.

Y al oír su nombre, Esfuerzo caminó maquinalmente arrastrando los pies hasta donde estaba el hombrecillo.

-¿Cómo es que sabes mi nombre?

El viejo, que no respondió, continuó diciendo:

-Con el nombre que tienes debes ser un chico que se esfuerza para superar todos los obstáculos, y me sabrás aconsejar sobre cómo puedo sortear este muro de piedra que me cierra el camino. Así pues, ayúdame a decidir si es mejor que tire el muro en el suelo con este mazo de cantero o si es mejor que busque otro camino libre de obstáculos.

Entonces Esfuerzo, que entendió que lo que le pedía el viejo era muy fácil, estuvo de acuerdo en ayudarlo. Pero antes formuló un deseo. Y con voz cansada dijo:

-Deseo una cama tan grande como para dar cabida a dos gigantes y pasarme el día tumbado sin hacer nada, sólo escuchando el piar de los pájaros entrando por la ventana de mi habitación.

Y el viejo dijo:

*-Y, mira qué suerte,
que he encontrado en el bosque.*

*Este viejo ayudará,
y de tu deseo disfrutarás.*

Y el muchacho, sin pensarlo lo más mínimo y diciendo lo primero que le pasó por la cabeza, aconsejó al viejecito:

-Use el mazo para hacer un agujero en medio del muro. Podrá pasar al otro lado y continuar así su camino.

-¿Está seguro? El estruendo ensordecedor del mazo golpeando repetidamente contra la piedra me haría perder algo de oído que me queda. Recuerda que ya soy casi sordo por completo.

- ¡Qué cargante es, viejo hombre! ¿No se da cuenta de que basta con un par de golpes de este mazo para abrir un portillo en el muro y traspasar al otro lado? -espetó él.

Y cogió el mazo con los brazos escuálidos, poco acostumbrados a trabajar, no resistió el peso y le cayó encima del pie. Chillando de dolor, el muchacho empezó a hacer saltitos aquí y allá, hasta acabó tropezando y luego rodando por un torrente abajo, y desaparecer.

Mientras el caballero estaba en el castillo todo preocupado por la tardanza de los hijos que no volvían del bosque. Era de noche y en esas horas los tres ya estaban siempre en casa.

Entonces, angustiado, ensilló el caballo y se adentró en el bosque.

-¡Prudencia! ¡Humildad! ¡Esfuerzo! -gritaba el caballero los nombres de sus tres hijos.

Y cabalga que cabalgarás, se encontró, en medio de un claro, con el mismo anciano sucio y harapiento que, con un hilo de voz amoroso, le dijo:

-Señor caballero, ¿podría ayudar a un viejo casi ciego y sordo, y muy enfermo como yo? Si lo hace le concederé un deseo.

-Mire, viejo destartalado, vivo momentos de angustia porque no sé donde paran mis tres hijos. Si dice que me puede conceder un deseo, ahora mismo le pido poder encontrarlos sanos y salvos. Si me lo concede le daré una vida de privilegios y riquezas. Pero si jugara con mi esperanza y no se hiciera realidad mi deseo yo mismo acabarí con su vida.

-No dudes que si me ayudáis recuperará sus hijos pronto -respondió el anciano con los ojos llenos de un brillo como el de la luz de las estrellas.

A continuación el viejo dijo:

*-Y, mira qué suerte,
que he encontrado en el bosque.*

*Este viejo ayudará,
y de tu deseo disfrutarás.*

El caballero ayudó al viejo a subir al caballo y durante horas condujo la bestia, con prudencia, llevando el anciano por los caminos más seguros.

Luego, hicieron una parada en el pozo para reposar. El caballero subió tres cubos llenos de agua con gran habilidad y, con humildad, se las ofreció al anciano.

Y siguieron haciendo camino y llegaron al muro de piedra. El caballero cogió el mazo de cantero y golpeó el muro con todas las fuerzas. Una y otra vez, y otra y otra vez. Golpes y más golpes estrepitosos de mazo contra la piedra mientras el anciano se tapaba los oídos con las manos. El caballero picaba y repicaba, incansable, haciendo un gran esfuerzo, una y otra vez, mazo arriba y mazo abajo, hasta que, al fin, el muro cayó hecho añicos.

El caballero condujo el caballo con el anciano por encima de las piedras desmenuzadas, y al llegar unos metros allá el hombrecillo dijo:

-Ya hemos llegado.

El caballero se sorprendió; no habían llegado a ningún sitio. Seguían en medio del bosque, cuando el caballero dijo:

-No le entiendo. Pero me da igual. Si ya hemos llegado ahora cumple su palabra y concédeme el deseo.

Y, apenas lo acababa de decir, cuando por el camino aparecieron sus tres hijos, risueños y felices.

-¡Padre! ¡Padre! ¿Que no nos veías que andábamos a tu lado desde la salida del castillo? -exclamó Prudencia.

-Durante un rato hemos sido transparentes, padre -le explicó Humildad.

-Y hemos visto la forma en que has ayudado este viejo sucio y harapiento y, gracias a tu ejemplo, hemos entendido el significado de nuestros nombres -dijo Esfuerzo.



GUILLEMIN

-Yo he entendido que ser prudente es valorar las consecuencias negativas y positivas de lo que vamos a hacer y luego decidir si lo hacemos o no -dijo Prudencia. Y dirigiéndose al anciano dijo-: El mejor consejo hubiera sido que fueseis por la senda del camino llano.

-Yo he entendido que ser humilde es saber ver y aceptar las limitaciones de uno mismo para hacer una cosa -dijo Humildad. Y dirigiéndose al anciano añadió-: Tiene poca fuerza, buen hombre, y os debería haber aconsejado que se acercara hasta el río a beber agua.

-Yo he entendido que hay que esforzarse para conseguir lo que se quiere, y que el esfuerzo se basa en repetir y repetir muchas veces lo mismo -dijo Esfuerzo. Y dirigiéndose al anciano añadió-: Derribar el muro de piedra era una tarea demasiado difícil para un anciano enfermo. Le debería haber aconsejado buscar otro camino.

El caballero y los tres hijos regresaron al castillo. No volvieron a ver nunca más el viejo del bosque. Pero un recuerdo extraño los rondó siempre por la cabeza: la voz del hombre desprendía la misma dulzura, ternura, amabilidad y amor con los que les hablaba su madre, que, cuando eran pequeños, siempre los había educado para que fueran prudentes y humildes, y se esforzaran en todo.

Y si esta fábula te ha gustado,

da igual si es mentira o verdad.

Fin

FAROS

La guía de la salud y el bienestar para tus hijos



Los cuentos de la abuela es un recopilación de cuentos que el Observatorio de la Infancia y la Adolescencia FAROS pone al alcance a través de su página web (<http://faros.hsjdbcn.org/>) con el objetivo de fomentar la lectura y difundir valores y hábitos saludables en la población infantil.

FAROS es un proyecto impulsado por el Hospital Sant Joan de Déu con el objetivo de promover la salud infantil y difundir conocimiento de calidad y actualidad en este ámbito.

Sant Joan de Déu 
HOSPITAL MATERNOINFANTIL - UNIVERSITAT DE BARCELONA